

Aún quiso gritar la infeliz; pero sólo arrojó gemidos sofocados, y éstos mismos fuéronse debilitando instante por instante. A poco se convirtieron en soplo estertoroso, y acabó por cesar todo ruido.

Quedó inmóvil la joven, asida de los puños de su esposo, abierta la boca, con los ojos despavoridos, amoratado el semblante, y agrandadas en círculo las ventanillas de la nariz.



SOR MARIA MARGARITA.

{AL SR. LIC. DON VICTORIANO AGÜEROS.



I

Mateo Bandello tuvo la chocante costumbre de dar títulos desmesurados á sus novelas. Buen ejemplo de ello nos presenta el que puso al relato admirable de donde sacó Shakespeare el argumento de "Julietta y Romeo;" el cual título fué como sigue: "Desventurada muerte de dos infelícisimos amantes, el uno de veneno, el otro de dolor, con otros varios accidentes"

Por no imitar en esto al peregrino Obispo de Agen—ya que en otras muchas cosas bien quisiera seguir sus pasos, mutilo el nombre de la protagonista del suceso que voy á narrar, pues el de la monja ciega á quien aludo, escribiéndose por entero, sería sor María Margarita de Jesús Crucificado.

Era mi tía esta religiosa. En la época á que aludo, aun se conservaban en mi casa vivísimos recuerdos de su vida y sus obras, aunque años hacía faltaba de mi ciudad natal, de donde la obligaron á salir los acontecimientos que conocerá quien estas líneas leyere; los cuales le dieron fama de santa, y la obligaron á florecer, expatriada, en el centro de la República.

Hallándome cierta ocasión en la capital de México, recibí noticia de que sor Margarita se encontraba en grave trance de muerte en ciudad próxima, donde regía y edificaba á una comunidad de religiosas de que era fundadora. Tan pronto como lo supe, púseme en camino hacia la residencia de la monja, pues quería á mi parienta sin conocerla, y me inspiraba sumo interés su persona.

Fría era la mañana del mes de enero en que salí de la metrópoli.

Sentado en el carro de primera clase donde tomé pasaje, solo, sin libros, y viendo por la ventanilla, á través de los cristales, pasar en ronda fantástica los árboles que parecían girar en torno del tren que me conducía, caí bien pronto en profunda abstracción. Y fuí inconscientemente repasando en la memoria la singular historia de la infancia, la adolescencia y la madurez de la monja.

Inclinaciones prematuras á la piedad, gravedad precoz, pureza inmaculada y

temprana decisión por la carrera monástica, formaron la biografía inicial de sor María Margarita. A los catorce años de su edad entró en el convento de las Teresianas, y no tardó para hacer sus votos, sino el tiempo que la regla prescribe al noviciado. Antes de salir del siglo, ni jugó cuando niña, ni concurrió á fiestas, teatros y saraos cuando joven, ni manifestó en caso alguno los gustos y aficiones de los demás; tendió siempre al silencio, á la modestia y á la sumisión, y se permitió por todo regalo frecuentar los sacramentos y asistir asiduamente á los templos en busca de sus místicos ritos y solemnidades. Jamás se le echó de ver afición á galas profanas, ni se supo que alguna vez hubiese fijado los ojos en rostro masculino ó tolerado ser requerida de amores.

Andaba por los rincones de su casa sin hacer ruido y leyendo libros devotos; hablaba poco y reía menos; vestía con suma humildad y daba á los pobres las mejores prendas de su guardarropa. No cambiaba de la mano los rosarios, las coronas y las camándulas, cuyas cuentas sonaban en su bolsillo cuando marchaba ó se movía; ni se olvidaba de encender con lianamente en el altarcito de su alcoba la lámpara consagrada á la Virgen; ni pasaba una semana sin confesar y comulgar; ni dejaba un solo día de asistir á la misa,

ni de leer la vida de algún santo, ni de meditar á solas y con los ojos entrecerrados, quién sabe qué cosas humildes, suaves y etéreas.

Y cuenta que no era ni con mucho una mujer fea aquella tierna asceta; sino antes por el contrario, una belleza peregrina, de esas que por raro caso suelen verse en este mundo pecador. Tal cual mi madre me la ha descrito, era por la época en que entró en el convento, del modo y forma que voy á decirlo. Blanca de color, con la blancura mate del alabastro, sin leve rosicler siquiera en las mejillas de curva graciosa; negro más que el ébano el pelo abundoso, suave y ensortijado; obscurísimos los ojos enormes, rasgados y tristes; largas las pestañas sedosas y rizadas; tersa, pura y ovalada la frente; recta y finísima la nariz; pequeña y expresiva la risueña boca; apretada y menuda la dentadura blanca; esbelto y gallardo el talle juvenil; blando y regalado el acento.

Dotada de tales prendas y rodeada de cuantas comodidades pueden disfrutarse en los mejores círculos sociales, bien se comprende que sólo una vocación irresistible haya podido apartarla de aquel mundo elegante, donde hubiera podido lucir como estrella de primera magnitud.

La vida de mi tía, para decirlo de una

vez, hubiera merecido ser escrita por el P. Croiset, y epilogada con el evangelio del día.

Absorto en aquellas reminiscencias, vi desfilar con indiferencia ante mis ojos, campos, arboledas y aldeas, y dibujarse á lo lejos la cumbre cubierta de perpetuos hielos del gigantesco Xinantécatl. Pronto apareció á distancia, entre abundantes juncales, la fuente poderosa donde toma origen el caudaloso Lerma; y pensé que ese gran río, que desde lo más alto de la Mesa Central (después de larga, turbulenta y pintoresca marcha á través de campos, abismos, bosques y florestas), corre á precipitarse en el Pacífico, retrata la vida de los grandes hombres, que tienen cuna humilde, carrera agitada y muerte estruendosa en los abismos del eterno océano.

Muy á poco dejé de contemplar el paisaje y reanudé el hilo interrumpido de mis recuerdos.

II

Sor María Margarita tomó el hábito en Guadalajara, y vivió dichosa en el claustro varios años, hasta que á ella y á sus místicas compañeras, fué á sacarlas de su retiro la revolución de la Reforma.

Llorando dejaron las monjas su cárcel buscaron refugio en las casas de deudos y amigos, como espantadas palomas que al estallar la tormenta, van á guarecerse bajo el alero de los tejados.

Sor María Margarita lloró como ninguna, y no hallaba qué hacer de su libertad ni para dónde marcharse. Asustábanle las calles y el gentío; no sabía andar con soltura, y se ruborizaba de pensar que los transeuntes pudiesen mirarle el rostro.

Como las aves de cortadas alas que al salir de la jaula no pueden alzar el vuelo y no hacen más que saltar por tierra y rondar en torno de su prisión; así aquella religiosa, que no conocía el mundo ni tenía ánimos para nada, siempre que salía á la vía pública, pasaba frente á la puerta del convento, y se arrodillaba en la iglesia de su orden, regando el suelo con sus lágrimas.

Fuéronle ofrecidas honradísimas casas para que las habitase, pues era tal la fama de sus virtudes, que á honra hubieran tenido las familias más encumbradas el obtener su compañía, no pesada y fastidiosa, sino protectora y risueña. Pero ella prefirió á todas, la modesta casita de su madrina doña Clara, quien le brindó hospitalidad con fineza tan humilde, que le tocó el corazón.

Todo caminó viento en popa durante algunos meses. Se instaló la religiosa en un pobre cuartito limpio y aislado, semejante á una celda, donde cupieron á maravilla dos sillas de paja, la cama de tarimas, una mesita de madera blanca y el nicho de hoja de lata que guardaba la imagen del Niño Dios. Allí pudo continuar el mismo método de vida que había llevado en el convento: se levantaba á media noche, á la hora de maitines, oía misa de madrugada, comía frugalmente (en cuanto mantenía las fuerzas y la vida), frecuentaba los sacramentos y pasaba los días y las noches arrodillada y rezando con extraordinario fervor. Así fué pasando el tiempo, casi sin sentirlo, y aunque lloraba siempre por el amado claustro, como los desterrados por su patria, logró tranquilizar el espíritu y resignarse con la nueva situación, teniéndola por prueba á que Dios la sujetaba, y que era necesario sufrir con paciente humildad.

Por desgracia doña Clara tenía un hijo de vida alegre, llamado don Francisco Ordaz, que se había lanzado á la revolución y hecho carrera en el ejército. Pasada la lucha y llegado el triunfo de su partido, hubo un momento en que los jefes militares pudieron volver al seno de sus familias á descansar de sus trabajos y á recibir en el hogar el premio de sus victorias. Así fué

como don Francisco, ya coronel, tornó á la casa materna, poco tiempo después de ganada la última batalla en que quedó roto y deshecho el ejército reaccionario.

Era el coronel rudo y soberbio, y había traído de la campaña exaltadísimas pasiones é ideas contra todas las cosas, creencias y costumbres del bando adverso.

Fácilmente se comprende que persona de tales convicciones no se dejase imponer por los exteriores místicos ni por los estados religiosos; y claro también que hombre de tantas aventuras como el coronel Ordaz, debiera tener muy desarrollada la vena amatoria: que no en vano la fábula desposó á Venus con Marte, ó sea á las armas con la belleza.

El caso fué que tan pronto como don Francisco se encontró en presencia de sor María Margarita, se le alegraron los ojos, se le iluminó el semblante y tomó todas las actitudes de quien corteja á una dama. A la pobre doña Clara, que hacía tiempo no sabía lo que eran requiebros amorosos, no le pasó por las mientes que su hijo fuese capaz de tan enorme atrevimiento. Ella miraba á la monja como cosa santa, casi impalpable; como formada de luz ó envuelta en un periespíritu luminoso. Para ella la monja era un ser de otro mundo, incapaz de inspirar otros sentimientos que no fuesen asombro y veneración. Pero don

Francisco no opinaba de la misma manera; él analizaba á la religiosa al estilo mundano, y le hallaba desde este punto de vista, un gran mérito positivo. Todos los días la elogiaba con frases atrevidas por sus bellezas corpóreas: ora por el pie, ora por la mano, ora por la garganta, ora por la boca, ora por los ojos. Estos, sobre todo, eran el tema principal de sus alabanzas. Para él, según decía, nada valía cosa alguna comparada con ellos, pues hasta las mismas estrellas salían perdiendo en la comparación. Y la veía y volvía á verla, frente á frente, en el centro de las pupilas; y le decía que sus miradas le penetraban hasta el fondo del corazón, le volvían loco y le obligarían á hacer mil tonterías.

—Margarita, murmuraba á su oído suprimiéndole el sor, si cometo un desacato, no seré yo el culpable, sino los ojos de usted; porque son los más hermosos, tiernos y expresivos que he visto en mi vida.

La religiosa, que no entendía pizca en achaques de galanterías, comenzó por no darse cuenta de lo que le pasaba, y, aunque tímida y sonrojada, soportaba con resignación las impertinencias del oficial; pero las naturalezas virginales tienen misteriosas adivinaciones, y no tardó en comprender que la cosa iba de veras, y que Ordaz había emprendido en toda regla la conquista de su corazón. Alarmada y llena

de congoja, pensó marcharse de aquella casa y refugiarse en alguna otra donde pudiese vivir sin sobresalto. Para ello hubo menester hablar con franqueza á su bienhechora. Desgraciadamente la anciana, incrédula y optimista, se negó á consentir en aquella separación; y la exhortó á que abandonase tal idea, asegurándole que los requiebros de su hijo no pasaban de bromas soldadunas y de mal gusto. Y tanto rogó y suplicó, y tomó tanto empeño en retener á la monja, que ésta, al fin, por gratitud, timidez y repugnancia al escándalo, convino en continuar viviendo en aquella casa; pero bajo ciertas reservas indispensables, como la de no hablar con el coronel, no sentarse á la mesa á la hora que él comía, y mantenerse encerrada en su habitación.

III

Mas las cosas fueron tomando día á día un carácter más serio. D. Francisco, irritado por el retraimiento de la religiosa, procuraba encontrarse con ella siempre que podía; y tan luego como la miraba, le repetía las frases atrevidas y galantes de costumbre. Y sea porque realmente se

hubiese prendado de sor Margarita desde el principio, ó porque el retraimiento y la moderación de la religiosa hubiesen servido de pábulo á sus deseos, el caso es que fué pasando gradualmente del humor festivo al serio, y del serio al dramático. Quejábase amargamente de los desvíos de sor Margarita, cambiaba de color cuando la miraba y juraba entre sus camaradas que vencería tanta soberbia, ó prendería fuego á la iglesia de Santa Teresa y colgaría á las monjas dispersas de la orden. Y siempre que no le miraba doña Clara, acercábase á la puerta de la alcoba de la monja, y pegando la boca á la cerradura, gritaba:

—Margarita, la amo á usted. Quiero ser visto con amor por esos ojos; me hacen falta para vivir, no puedo vivir sin ellos.

Pero la monja horrorizada y con el rostro descompuesto, caía de rodillas ante la imagen del Niño Dios, y le pedía que no la dejase de la mano, y la libertase de aquella agresión diabólica y de aquel peligro tan grande como corría.

Para poner punto al conflicto, decidió al fin salir de la casa á toda costa, y aun á excusas de doña Clara; pero habiéndose enterado el coronel de su propósito, le estorbó su realización brutalmente, apostando á sus asistentes frente á la cei-

da de la monja para impedir la fuga, y poniendo en conocimiento de la religiosa, que tan luego como pusiese los pies en la calle, sería secuestrada por sus esbirros.

Atemorizada sor Margarita y teniendo por cierto que el oficial haría cuanto decía, no pensó ya en marcharse y se condenó al cautiverio dentro de su propia alcoba.

Doña Clara, por su parte, acabó por convencerse de las perversas intenciones de su hijo; pero tarde en demasía. En vano le reprendió con dureza y le ordenó que dejase en paz á la monja y desistiese de su propósito; Ordaz se encerró en porfiado silencio y continuó en sus trece. Doña Clara apeló entonces al general para que le reprimiese; pero aquel jefe se rió del chascarrillo, y repuso:

—Déjele usted, señora, no se aflija por ello. Si la sor es guapa, se comprende que haya trastornado el juicio á don Francisco; y como él también es buen mozo, puede usted creer que acabará por gustar á la monjita. Todas las mujeres son iguales y agradecen que se les quiera. Ellos se entenderán al fin; los casaremos y todo quedará arreglado.

—Pero ¿cómo casarlos?, exclamó escandalizada la pobre señora. ¿No ve usted que sor María Margarita es religiosa?

—Ese no es inconveniente, contestó el general. La ley no reconoce los votos, y

el matrimonio civil puede unir á todos los frailes con todas las monjas.

El general, que era leído, soñaba tal vez con ver reproducida la hazaña ruidosa de Lutero y Catarina de Bora. Desgraciadamente don Francisco no era fraile como el reformador de Eisleben. Por otra parte, sor María Margarita distaba mucho de parecerse á la monja de Nimptschen, aunque el general quiso hacer el papel de Koppe, dieron en roca viva todos sus esfuerzos.

Espantada por el giro que habían tomado los sucesos, llegó á convenir doña Clara no sólo en que la religiosa se fugase, sino aun en proteger su huida en caso necesario; y hasta tramó un plan con este designio. Pero don Francisco, que había sido guerrillero, no se dormía sobre las pajas, y, habiendo echado de ver el complot, redobló su vigilancia y las guardias. A mayor abundamiento, y para reducir á la inacción á la monja, le gritó por la cerradura, que estaba advertido de todo, y le repitió que tan pronto como pusiese un pie fuera de la celda, sería presa de sus esbirros. Sitiada sor Margarita en toda regla, no pudo excusarse de oír reciebro, declaraciones amorosas y propuestas de matrimonio. El tema principal de aquel clamoreo, era éste:

—Los ojos de usted tienen la culpa de todo; era prudente y me han convertido en loco.

La monja callaba obstinadamente, y no hacía más que llorar; pero con esto nada remediaba.

Don Francisco no era hombre que se dejase vencer por el silencio; antes bien, más y más exaltado al ver que eran vanos sus esfuerzos, acabó por clamar:

—Usted no me conoce, si cree que puede dejarme burlado. Juro por mi nombre que ha de ser mía, suceda lo que suceda.

Y debe presumirse que el coronel Ordaz hubiese perdido el seso de veras, pues no se comprendería de otro modo, que se hubiese conducido con la brutalidad de que, en efecto, dió muestras.

Una noche en que subió la marea de su pasión, encerró á su madre en la alcoba, y cuando todos dormían en la casa, asaltó la celda de la monja, como un bandido. Armado de una barra de hierro, emprendió echar abajo la puerta. Tarea no difícil, dadas la vetustez de la madera y la herrumbre de los goznes.

Sor María Margarita que estaba en vela, al darse cuenta del asalto, rompió despa- vorida el silencio, suplicando á don Francisco con suaves palabras y acento gemebundo que la dejase en paz, que no ofen-

diese á Dios, que respetase su estado, y que no la martirizase de aquella manera; pero todo fué en vano.

La monja, al fin, sacó fuerzas de flaqueza, y para defenderse de algún modo, procuró reforzar la puerta amontonando tras ella los muebles de su habitación: las sillas, la mesa, la cama y hasta el nicho del Niño Dios. Entretanto, crujían las tablas, rechinaba el herraje, y se torcían y doblaban los pasadores de hierro.

A poco cedió la puerta hecha añicos, saltaron los clavos de la cerradura, y la robusta mano del coronel pudo entreabrir las hojas de madera. La débil barricada formada por los muebles, era un obstáculo irrisorio para el empuje de don Francisco; así que alargando el brazo, derribó el fortín de un puñetazo. El nicho del Niño Dios que estaba en la parte más elevada de la pirámide, se hizo pedazos al caer, con no poco estrépito.

La monja á la sazón estaba arrodillada y con el rostro pegado á tierra; pero se levantó al oír el fracaso y se encontró frente á frente de Ordaz. Al sentir la mirada repugnante de aquel hombre, púsose en pie, se irguió cuan alta era, y hallando resolución y energía en quién sabe qué desconocidos resortes, clamó con energía:

—¡Fuera, bandido! ¡Fuera!

Sorprendido el coronel por aquella acti-

tud y aquella voz, que no aguardaba, se detuvo un momento, contempló con admiración á la monja y la analizó de alto á bajo. Estaba soberbia. ¡Qué hermosura la suya! Livida, con la boca contraída, aitiva la frente y fulgurantes los ojos, parecía una reina indignada.

Ordaz se sintió como mareado, agolpósele al cerebro la sangre, y gritó taccándola:

—¡Tus ojos, Margarita! ¡quiero tus ojos!

Y dió un paso adelante.

La religiosa se estremeció, y empuñando con mano convulsa las tijeras que llevaba pendientes de una cinta sobre el delantal,

—Un momento, dijo con ademán imperativo. ¿Dice usted que quiere mis ojos?

—Sí, repuso don Francisco.

—¿Y que tiene la culpa de lo que usted hace?

—Sí.

—Pues bien, aquí los tiene usted.

Y levantando la armada diestra, hundió con dos golpes rápidos y sucesivos, las agudas hojas de las tijeras en uno y otro ojo, dejándolos convertidos en fuentes horribles de sangre y de viscosos humores.

Fué la escena tan imprevista, tan fiera y tan espantosa, que, aterrado el coronel,

huyó de la monja como de un espectro, y se alejó de la celda dando tumbos como un beodo.

IV

La serie de mis recuerdos concluyó casi al mismo tiempo que mi viaje. No bien hube llegado á la estación del ferrocarril, tomé mi saco de noche y me dirigí al convento en volandas.

A la diestra de la calle real, como vamos para el centro del pueblo, ábrese apenas la calleja que conduce á dicho instituto. Es tan angosta, que puestos los brazos en cruz, tócanse con las manos las opuestas aceras. A mayor abundamiento, y para evitar el paso de caballos y acémilas por tan estrecho conducto, hállase erigida á su entrada, á manera de "menhir," una piedra delgada y lisa, que apenas permite pasar á los peatones, si se deslizan de costado. A poco andar, ensánchase aquella especie de cuello y se extiende en forma de bolsa. En ese espacio interior hay un jardín público, y frente al jardín un edificio aislado, que forma por sí solo una manzana; la cual, por aquel tiempo era el claustro á donde yo me dirigía.

Contestó mi saludo la hermana tornera con voz gangosa; é impuesta del objeto de mi visita, me hizo entrar en el locutorio.

La revolución de la Reforma arrojó de los conventos á las comunidades; á ellos las restituyó el segundo imperio; pero bien pronto volvió la República tras el efímero reinado de Maximiliano, y tornó á poner en vigor la ley de exclaustración. Esa ley dió por resultado la clausura definitiva de los monasterios. Dormidas impresiones de la infancia aviváronse á la vista del "recibidor," y sentí en el corazón la melancolía de las cosas idas, juntamente con la sosegada emoción que las místicas producen. El aposento era pequeño, pobre y sencillo; pero limpio y esmeradamente cuidado. Suelo de ladrillos rojos y bien dados de lustre por alguna hermana lega; paredes enjabelgadas de blanco; techo de vigas pintadas de azul; un canapé y sillas con asiento de paja; una angosta estera en contorno de la pieza; una mesa consola con un crucifijo; por las paredes dos grandes cuadros que representaban á Santa Teresa orando y con el corazón inflamado, ó escribiendo inclinada sobre un infolio y recibiendo en la cabeza una ráfaga de luz desprendida del Espíritu Santo en forma de paloma; en medio una mesa redonda de pino; y en el fondo la reja ocupando toda la extensión del muro y

cubierta por la parte de adentro con vel tan espeso, que no permitía distinguir nada hacia el interior. Tal era el aspecto del austero aposento.

—Ave María Purísima, dijo á poco una voz del otro lado de la reja. ¿Es el sobrino de la reverenda madre abadesa?

—Sí, hermana, contesté: vengo á visitarla; tuve noticia de su gravedad.

—En efecto, repuso la voz; está próxima á su fin nuestra buena madre, con grandes padecimientos que Dios ha querido enviarle; pero ellos le han servido para su perfección, porque los lleva con paciencia ejemplar. ¿Trae usted el permisc del Obispo?

—Sí, hermana, contesté deslizándolo entre las rejas.

—Bien, repuso.

Una mano blanca, apartando el velo con recato, recogió el documento. Luego sonó de nuevo la voz:

—Puede usted entrar, dijo; pero antes será bueno que tome algún refresco, porque la reverenda madre está tan grave, que después de haber entrado, no tendrá usted tiempo para nada.

No pude resistir la fineza. A poco apareció un mozo trayendo bandejas con bollos, pasteles, confituras y una botella de rico pajarete.

El paladar tiene también memoria. Al

gustar los panecillos suaves y perfumados, recordé los famosos regalos monjiles de antaño, tan elogiados en el seno de todas las familias; los elegantes azafates que salían de los conventos con objeto benévolo, cargados de tortas, bizcochos, almíbarres y conservas, en porcelanas albeantes ó en compoteras de cristal limpio y diáfano, y al amparo de servilletas bordadas finísimamente por manos prodigiosas; y el mágico efecto que producían esos presentes en casas de obispos, canónigos, capellanes y seglares. Todo cuanto salía de los claustros femeninos era exquisito, desde los budines hasta los masapanes, desde la repostería hasta la loza de barro imregnada de suaves y delicados olores. Nadie ha hecho pan como las monjas, y por lo que hace á los dulces, parecen haberse llevado el secreto de los más exquisitos.

Filosofaba sobre todo eso con delicia, cuando sonaron pasos precipitados y cuchicheos en el fondo del locutorio. Me puse en pie; á poco sonó la voz.

—Señor, dijo con acento alterado, la madre abadesa se ha puesto muy mala; pase usted sin pérdida de momento.

Entré por la abierta cancela. Penetré por los patios y corredores de la casa, guiado por una religiosa que, cubierta con velo espeso, salió á recibirme. Alcancé por la escalera, subiendo presurosas, á varias

monjas y novicias, y en compañía de ellas llegué á la celda de la abadesa.

Yacía sor Margarita echada sobre un sitial de cuero, vestida con sus hábitos monjiles, recostada la cabeza en grandes almohadones y con los pies hinchados y vendados, alargados sobre un escabel. Tenía el vientre abultado, estaba inerte y una respiración congojosa se escapaba á intervalos de su pecho por la abierta nariz, cuyas ventanillas aleteaban con las agonías de la asfixia. Como todos los enfermos de males cardíacos, tenía un color diáfano y claro, á modo de cristalino, que le daba un aspecto luminoso. Aunque próxima á los sesenta años, conservaba el rostro casi juvenil, sin arrugas, sin ángulos bruscos ni signo alguno de fealdad y decadencia. Dulce y resignada, se extinguía lentamente sin extremos dolorosos ni contracciones aterradoras. No hablaba; estaba bajo el rigor de un síncope que había desconcertado á los doctores. En vano se había recurrido al nitrato de amilo, de cuyo olor penetrante estaba saturada la estancia, para hacerla volver en sí; la crisis se agravaba momento por momento.

La comunidad se arrodilló en torno del sitial. Encendiéronse las velas benditas, y á la vez que el sacerdote decía las preces finales, elevábase en derredor un coro de plegarias y de sollozos.

Yo también caí de rodillas, conmovido a la vista de la moribunda. Era la primera vez que la miraba; la conocía al borde del sepulcro é iba á ser testigo de sus últimos instantes. La solemnidad de la muerte, grande en todos los casos, me pareció mayor en aquél, por tratarse de una mujer buena, probablemente una santa. Haber vivido en el recogimiento y la plegaria; haber renunciado á todos los placeres de la existencia, aun los más dulces é inocentes; haber resistido la tentación elevándose hasta el heroísmo; y llegar, por fin, al término de la existencia en medio de la paz y de la resignación, y de afectos y bendiciones, llevando el alma henchida de fe y de esperanza, ¡qué cosa más grande, más hermosa ni más incomparable! Así pensé mientras, nublados los ojos por el llanto, balbucía también con lengua torpe las oraciones del oficiante.

Entretanto, la respiración de la abadesa se iba haciendo más y más débil. Cesaba á largos intervalos, y aquellos accesos de inercia solían prolongarse de tal suerte, que los circunstantes varias veces creímos que la superiora había dejado de existir; pero tornaba á elevarse la caja torácica y continuaba la salmodia de los rezos.

Al fin cesó todo movimiento respiratorio, pasó una sombra casi inmateria! por el rostro de la monja, y los doctores declararon que la abadesa había muerto.

Luego estalló el coro de las lamentaciones y del llanto. Las buenas religiosas, como tiernas hijas, rodearon el cadáver lanzando frases conmovedoras.

—Madre mía, ruega por mí, decían unas.

—Era una santa, está gozando de Dios, articulaban otras.

—Señora, no me olvides, resérvame un lugar á tu lado, clamaba alguna.

—Protege á la comunidad, ya que la fundaste, rogaba otra.

En esto se elevó la voz grave de una monja anciana.

—Hermanas, dijo, no hay que llorar por sor María Margarita; antes debemos envidiarla porque está recibiendo el premio de sus virtudes. Su vida fué una cadena de santos ejemplos que debemos imitar. Sobre todo, no olvidemos que se entregó al martirio, y se condenó á la noche eterna de la ceguera, por librarse del pecado. Esos agujeros que se ven en su rostro y que ocupan el lugar de los ojos más hermosos que ha formado la mano de Dios, nos predicán desde sus misteriosas profundidades, la grandeza del deber, la sublimidad del voto y la elevación de la fe. ¡Benditos los ojos que cegaron á la luz del mundo para abrirse á los esplendores de la gloria!

Diciendo esto, se levantó la anciana con paso trémulo, y acercándose al cadáver, le besó los dos ojos.

Las monjas imitaron su ejemplo con solemnidad imponente, y, llenas de respeto, fueron imprimiendo una tras otra sus labios místicos hechos á la plegaria y á la eucaristía, en aquellos hoyos negros y trágicos.



La Horma de su Zapato.

A RAFAEL DE ALBA.